

LAURA LIPPMAN
PIEL QUEMADA



Polly y Adam se conocen en un bar de Belleville, una pequeña población de Delaware. Ella viaja hacia el oeste y él dice estar de paso. Aun así, ella se queda y él también, atraído por esa pelirroja misteriosa cuyo cuerpo voluptuoso contrasta con su actitud glacial. Un potente impulso carnal imanta a los dos protagonistas y dura un verano más intenso que cualquier presente, porque quizá sea el último. En Belleville, donde tantas mujeres han intentado embarcarse para escapar de la estrechez doméstica, una heroína decide tomar las riendas de su propio destino.

Índice de contenido

Cubierta

Piel quemada

Primera parte. Humo

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Segunda parte. Fuego

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Cuarenta y tres

Cuarenta y cuatro

Cuarenta y cinco

Cuarenta y seis

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*Para Ann y Michael
porque en la vida real apuesto por los finales felices*

PRIMERA PARTE

HUMO

UNO

*11 de junio de 1995
Belleville, Delaware*

Lo que más le llama la atención de ella son sus hombros, rojos por el sol. Debe de haberse quemado hace dos días, es decir: el viernes. Ayer seguramente le escoían cuando se tocaba, y hoy le pican tanto que le cuesta no toqueteárselos todo el rato; ahora mismo lo está haciendo, distraída. La piel ha empezado a descamársele y dentro de poco ya no estarán tan sensibles. Son los primeros días de junio, y con la brisa algunos olvidan que el sol ya pega fuerte, pero ¿cómo puede ser que una pelirroja treintañera cometiera ese error de novata?

¿Y qué hace allí, sentada en un taburete a setenta kilómetros del mar en un pueblo donde nadie para los domingos por la noche? Belleville es el típico sitio de paso, y pronto ni siquiera será eso: están construyendo una ancha circunvalación para que el tráfico de la costa no caiga en la ratonera de la vieja calle principal. Al ir hacia allí, ha visto los camiones y las excavadoras ociosos: los domingos no trabajan. Lo más seguro es que los sitios como ese bar restaurante, el High-Ho, pierdan la poca clientela que tienen.

High-Ho... ¿será un error ortográfico? ¿No debería ser Heigh-Ho? Y si es el caso, ¿reproduce lo que cantan los siete enanitos mientras vuelven a casa a descansar al salir de la mina: «Heigh-ho, heigh-ho, la hora ya llegó...», o lo que grita el Llanero Solitario mientras se aleja a caballo hacia el crepúsculo: «¡Heigh-ho, *Silver!*»? Ninguna de las dos cosas encaja demasiado con el local.

La verdad es que allí no encaja nada.

La pelirroja tiene los hombros delgados (los huesos asoman bajo la piel) y cuando los encoge se levantan tanto que a él le parecen un par de alas. En contraste, la pechera del vestido de tirantes rosa y amarillo es redondeada y turgente. A juzgar por su actitud, no busca la atención de ningún hombre, al menos no esta noche. Cuando se sube al taburete, él nota sin querer que por delante no está tan roja: la estrecha franja de piel visible sobre el escote —más bien alto— del vestido muestra apenas un ligero bronceado, al igual que sus mejillas. Se nota que es la clase de mujer que prefiere el bañador al bikini por recato, así que es probable que los hombros hagan juego con una profunda «U» roja en la espalda. Ayer, la presión de unos dedos le habría dejado marcas blancas.

Se pregunta si habrá quedado allí con alguien: alguien que le ponga crema donde ella no llega. Lo sorprendería, aunque no tanto como que anduviera en busca de un rollo de una noche. De todos modos, ninguna de las dos hipótesis le choca: muy lanzada no se la ve, la verdad, pero al final esas son las más peligrosas.

Lo que está claro es que algo trama: en eso, su intuición no falla nunca.

No le entra a saco, no es su estilo. Modestia aparte, no lo necesita; las cosas como son. Es una especie de Ken, el novio de la muñeca Barbie, aunque bronceado todo el año. Alto, musculoso, de facciones regulares, ojos claros, pelo oscuro... Las mujeres siempre presuponen que Ken quiere a una Barbie, pero a él lo atraen las mujeres delga-

das con un punto huidizo. En sus ratos libres le gusta cazar ciervos con arco y flechas: va a los bosques del oeste de Maryland y si hace falta se pasa el día entero sentado en un árbol, esperando; le encanta. Tom Petty se equivocaba al cantar «*The waiting is the hardest part*»: esperar no es lo más difícil, la espera puede ser bella, enriquecedora, llena de posibilidades. De pequeño, cuando vivía en la bahía de San Francisco, sus padres, unos beatniks *avant la lettre*, lo llevaron a Stanford para que participara en un estudio donde le dieron un caramelo y le pidieron que se quedara sentado un cuarto de hora en una habitación. Si no se lo comía, le darían dos. «¿Cuánto tengo que quedarme aquí sentado para que sean tres?», preguntó él, y todos se rieron.

Hasta después de los veinte no supo que había tomado parte en un experimento orientado a averiguar si hay una correlación entre el éxito y la capacidad de un chiquillo de gestionar el deseo de gratificación inmediata. Le sigue pareciendo injusto que el experimento no previera poder recibir tres caramelos a cambio de quedarse sentado el doble de tiempo que los otros niños.

Ha dejado dos taburetes de separación para no agobiarla, pero se asegura de que lo oiga pedir una copa de vino. Que pida vino en vez de cerveza en un local así, capta de inmediato la atención de ella. Esa era la idea: captar su atención. Ella no dice nada, pero lo mira de reojo mientras él le pregunta a la rubia de la barra qué vinos tienen, y nota que no se pone tiquismiquis cuando la chica le contesta, literalmente, «tenemos blanco y tinto», y que no se molesta cuando le sirve el tinto frío; no a la temperatura que prescribiría cualquier sumiller, quince grados, sino directamente de la nevera. Lo observa dar un sorbo, volver a llamar a la camarera y decirle con impecable educación:

—Perdona, ¿sabes qué? Te lo pagaré igualmente, pero no me gusta. ¿Me pones una cerveza? —Echa un vistazo a los grifos—. ¿Una Goose Island puede ser?

Ella le lanza otra rápida mirada antes de concentrarse en su bebida: una cosa color ámbar con cubitos de hielo. Adondequiera que pretenda ir después, no será lejos. Él contempla su propia cerveza y dice en voz alta, como hablando solo:

—¿A qué clase de gilipollas se le ocurre pedir vino tinto en Belleville, Delaware?

—No lo sé —contesta ella sin mirarlo—, ¿qué clase de gilipollas eres?

—Uno normalito. —Al menos es lo que siempre le dicen sus ex: una esposa con la que estuvo unos cinco o seis años y unas siete u ocho novias, cantidad respetable para un hombre de treinta y ocho años—. ¿Eres de por aquí?

—Según lo que entiendas por «ser de por aquí».

No le está siguiendo el juego, sino retrayéndose.

—¿Vives aquí?

—Ahora sí.

—Es que, al ver lo quemada que estás... he pensado que irías de camino a Baltimore o Washington después de pasar uno o dos días en la playa.

—Pues no, vivo aquí.

Nota que la camarera parpadea sorprendida.

—¿Desde cuándo?

—Desde ahora.

«Será broma», piensa: nadie para a tomar una copa en un pueblo desconocido y decide quedarse a vivir allí, y menos en un pueblo como ese. No es que haya aterrizado en la Toscana o en Oaxaca, dos sitios que él conoce bien y donde puede imaginarse que alguien diga: «Sí, aquí es donde quiero quedarme»; es Belleville, Delaware, con su triste y lamentable calle principal (llamada precisamente Main Street, como en tantos otros lugares), su población de menos de dos mil habitantes y su entorno de campos de maíz y granjas de pollos. ¿Conocerá a alguien? Cuando menos la camarera no le da trato de clienta habitual, ni siquiera de posible clienta; para ella (pechugona y broncea-

da a conciencia), la pelirroja es como un mueble: es él quien le interesa, y está intentando averiguar si está de paso o se quedará a pasar la noche.

Algo que aún no decide.

—Si necesitas que alguien te ponga al día sobre el pueblo, avísame —la oye decir. Lo está mirando fijamente, le ha guiñado un ojo—. En cinco minutos te lo explico todo.

Las camareras que coquetean tan abiertamente lo ponen nervioso: servirle comida o cerveza a un hombre ya es bastante íntimo.

Se toma su cerveza sin volver a decir palabra, mirando el inevitable partido de los Orioles en el inevitable televisor con problemas de señal. Vuelven a jugar bien, o al menos mejor. Cuando a la pelirroja solo le queda un dedo de su tercera copa, él se levanta, sale sin decirle adiós a nadie, recorre el aparcamiento de grava y se sienta en la oscuridad de su furgoneta. Esconderse, no se esconde: sabe que la mejor manera de que den con uno es intentando que no lo hagan.

Diez minutos después, la pelirroja sale y cruza la carretera hacia el motel que está al otro lado, uno de esos clásicos moteles de toda la vida. Se llama Valley View, a pesar de que no hay valle ni vista. El High-Ho, el Valley View, Main Street... se diría que el pueblo se ha levantado con las sobras de otros pueblos.

Él espera un cuarto de hora antes de ir a la pequeña oficina y preguntar si hay habitaciones disponibles (a pesar del letrero que ocupa toda la ventana, y que reza: HABITACIONES DISPONIBLES).

—¿Cuántas noches? —pregunta el recepcionista, un treintañero insignificante.

—Aún no lo sé, si quiere le doy mi tarjeta de crédito.

—Qué curioso: es la segunda persona que pide habitación sin saber cuántas noches se quedará.

No le hace falta indagar quién es la otra. Toma nota de que el recepcionista es un cotilla y que sin duda también

cotilleará sobre él.

–¿Necesita la tarjeta?

–También puede pagar en efectivo. Si se compromete a quedarse una semana le podemos dejar la habitación por doscientos cincuenta dólares. De lunes a viernes no viene mucha gente, pero eso sí: no hay cocina ni nevera. Hay que comer fuera o traerse cosas que no se estropeen. La camarera tiene órdenes de avisarme si ve algo abierto, no quiero que esto se llene de hormigas y cucarachas.

–¿Puedo traerme una nevera portátil?

–Mientras no pierda agua...

Le da la tarjeta.

–Si paga en efectivo le hago mejor precio –dice el recepcionista carraspeando–: doscientos veinte.

Algún chanchullo se trae. Seguro que se guarda una parte de los pagos en efectivo, pero bueno, ¿a él qué más le da? Por doscientos veinte a la semana puede quedarse mucho tiempo en un sitio aunque no haya nevera ni fogones.

Se pregunta cuánto podrá quedarse ella.

DOS

Al salir de la habitación número 5 la recibe una mañana de sol y de calor. La temperatura es más alta de lo normal para la época, como la del fin de semana en la playa, pero al menos entonces la brisa del mar refrescaba un poco. La gente decía que era una suerte que hiciera tanto calor a principios de junio, cuando el agua está tan fría que solo se meten los niños. Como aún hay colegio, en los restaurantes más populares las colas eran soportables. «Qué suerte», decían todo el rato como para convencerse. «Qué suerte, qué suerte.»

¿Hay algo más triste que un don nadie diciéndose que está de suerte? Ella antes era así, pero ya no: ahora llama a las cosas por su nombre, empezando por sí misma.

Cuando Gregg comenzó a hablar de pasar una semana en la playa, ella se imaginó que alquilaría una casa en Rehoboth o Dewey; quizá no en primera línea, pero al menos más próxima a la carretera.

La verdad es que habían estado cerca de la playa, pero en Fenwick, mirando a la bahía, y en un bloque de cemento de dos pisos compuesto de cuatro apartamentos tan pequeños que básicamente eran estudios. Una gran habitación rectangular para ellos y Jani, una cocina muy estrecha y un baño, pero solo con ducha, sin bañera. Hormigas, las que quisieras: sinuosas líneas negras por toda la casa.

–Con tan poca antelación no había nada más –dijo Gregg.

Ella lo corrigió mentalmente: «Con tan poca antelación, y siendo un agarrado, no había nada más.» Seguro que, incluso con tan poca antelación, quedaba algún sitio mejor en la costa de Delaware.

Jani solo podía dormir con la habitación completamente a oscuras, así que la tuvieron despierta hasta tarde, las nueve o las diez, porque la alternativa era acostarse todos juntos a las ocho y quedarse a oscuras sin tocarse. La primera noche, hacia las dos, Gregg le hizo acercamientos; uno o dos años antes quizá hubiera resultado erótico intentar hacerlo a oscuras y en silencio, pero ya hacía mucho tiempo que ella no veía nada erótico en Gregg.

–No, no, que se despertará.

–Le podríamos dar un poco de Benadryl.

La respuesta le dio que pensar; se preguntó si debía cambiar de planes, pero no, tenía que seguir. Al día siguiente le preguntó a Gregg si de verdad estaba dispuesto a darle Benadryl a Jani y él respondió que era broma. Decidió creerle; si no, habría tenido que quedarse, y no podía.

Eso fue el sábado. Se puso una blusa blanca muy fina por encima del bañador, pero incluso así le irritó los hombros. Se acurrucó bajo la sombrilla, tiritando como si tuviera frío. Cuando te quemas mucho a veces te dan escalofríos. Gregg jugaba con Jani en las olas. Era muy bueno con la niña; en serio: no era tan solo algo de lo que ella quisiera convencerse. Se portaba bien con Jani, bastante bien, tan bien como a ella le hacía falta que se portara.

Fueron a las pequeñas atracciones de Rehoboth, mejores para los niños de la edad de Jani que las de Ocean City. Gregg intentó ganar el oso panda de peluche más grande para su hija, pero no pasó de los premios de la segunda fila. «Haz tus cálculos», daban ganas de decirle: por los veinte dólares que le costaba disparar con pistolas de